

última novela de García Márquez

el otoño del patriarca: una novela plana

El otoño del patriarca es la novela del dictador latinoamericano que principia su carrera en la guerra federal y muere de olvido con el primer tercio de este siglo.

García Márquez no logra dar con el punto de vista y la novela es como un vasto encubrimiento de esta carencia fundamental. Sin embargo, en este fatigoso deambular de años de elaboración, en la novela ha permanecido como una tristeza de fondo, como un desasosiego que es la fuente oculta de la fabulación que es así un encubrimiento. Aunque la novela como resultado sea su puesta en evidencia. Así esta novela de personajes extraños y hechos monstruosos —un tratado de teratología de la región del Caribe— es más profundamente un laberinto de soledad, una treta inocente para distraer a la muerte.

PEDRO TRIGO

Vamos a desarrollar este aspecto, que nos parece el válido, de la novela. El sí y el no, el juego de los espejos que invierten la imagen y que al producirse mutuamente acaban por ocultar, por olvidar el foco emisor. Sería el punto más opuesto del realismo documentalista de la novela tradicional latinoamericana. De esta manera se afirmaría que nuestro problema no es cuantitativo: desarrollamos más, voluntad y disciplina. Existe un problema de desmistificación, de indagación, que provoca resistencias feroces porque llega hasta la raíz de este orden aparente.

ESCRITO DESDE LA MUERTE

Cada uno de los seis capítulos se deshila desde la madeja inverosímil del cuerpo presente pero inapresable del general. Desde su muerte imposible de restaurar, de dar una fachada, una figura, hacia su vida mucho más inverosímil. Desde este padre de la patria sin señas en la palma de la mano, sin signos corpóreos reconocibles hacia esa patria hecha a su imagen y semejanza, incierta en el espejismo de posibilidades encontradas. Los seis capítulos podrían haber sido uno o muchos más, pues todos, historias más historias menos, repiten lo mismo: la imposibilidad de recordar, de conocer, de reconocerse en ese marasmo del tiempo del poder absoluto, en ese crepúsculo incierto resistente a las cronologías, en ese tremedal del tiempo deteniendo en el que hasta los horrores y los amores y las mayores catástrofes acaban por desdibujarse hasta no saberse bien si los temimos o nos los contaron o los vivimos nosotros. Hasta que en la última línea del libro se nos anuncia "la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado" (271). Pero también ese anuncio está en pasado, como si fuera una de tantas tácticas del general, ya que al abrir de nuevo el libro nos topamos con la presencia de su muerte. Y eso es lo que lentamente desenrolla el libro, que no está escrito desde esa libertad estrenada sino desde la esclavitud obsesiva de una memoria atascada, incapaz de tener conciencia de sí, incapaz de recuperar las dimensiones de la realidad. Y el libro nos da la impresión de un manuscrito viejo de esos tiempos —que tal vez sean aún

los nuestros— que leemos como si fuera plano, como si las claves de su interpretación y de su arte se hubieran perdido.

LAS COORDENADAS

En este libro plano se presupone una historia, un tiempo histórico que no es el de la novela pero que se supone conocido por el lector a través de los libros de historia. Es el tiempo latinoamericano que arranca de la guerra federal en que se derrumbó el orden colonial, el de los godos. Y tras la victoria, las luchas de los generales por heredar a la patria, el desmembramiento de la nación para repartir el botín entre tantas ambiciones disparadas. Y las luchas de los caudillos más ambiciosos para quedarse con todo. Las astucias, los asesinatos, las alianzas, los golpes sucesivos. Y mientras tanto el estancamiento de la riqueza nacional, los empréstitos, la hipoteca de la nación, que va pasando a manos del imperio inglés. El caudillo sube al poder por la protección del imperio y se mantiene a su sombra. En cuanto puede disuelve el Congreso y se apoya en un ejército creado por él. Su gobierno es directo y se basa en un modo campesino, ejecutivo, un compadreo zamarró y en ocasiones brutal, algo así como el cesarismo democrático. Aguanta en tanto admite los hechos consumados como si fuesen surgidos de él, aguanta al precio de mantener al país de espaldas al tiempo nuevo. Pero el dictador debe dar a sus sicarios migajas de su poder y en algunos la ambición crece e inevitablemente surge una y otra vez la conspiración; el dictador tiene que aislarse y confiar su poder en el arte



GARCIA MARQUEZ, Gabriel: El otoño del patriarca. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1975. 271 pgs.

de la simulación, de corromper, de dividir y de asestar el golpe sin piedad en el momento decisivo. Mientras tanto se opera el cambio de guardia: el imperio tutelar es ahora Estados Unidos: desembarcan los marines, acaban con la oposición coaligada, enseñan algunos métodos nuevos y cargan con la deuda pública a cambio de concesiones sin límites. Después vienen años indefinidos, un tiempo de opresión incolora, casi ya sin enemigos, de sorda oposición que un día estalla por fin y es brutalmente reprimida y se inicia una era ilusoria de progreso dentro del orden en el que cambian algunas fachadas, ruedan algunas cabezas como sacrificio necesario, pero todo sigue igual hasta que viene una última sublevación general instrumentada por el dictador, y la hipoteca absoluta a Estados Unidos, y así hasta la muerte natural del dictador.

En la novela aparece también una geografía: un país tropical y vasto. Se habla del mar Caribe, de los páramos, de las selvas, de los ríos enormes y dormidos, de los pantanos, de los arrozales, de los valles de café, de las haciendas de cacao, de las provincias ganaderas. Sólo aparece una ciudad, la capital: un puerto sobre el Caribe con su enorme plaza de armas, el barrio de los virreyes, el mercado de almacén de hierro lleno de olores y gritos, el barrio de los marinos, el de las mujeres solas, el de las quintas volcadas al mar, y los tranvías y los suburbios.

Y además del espacio geográfico y del tiempo histórico, como otras coordenadas bárbaras, la acción de la novela se inscribe entre el cometa, el eclipse de sol, el ciclón, la langosta y la peste.

LA PERSPECTIVA

Pero el tema de la novela es el dictador en su otoño desde su muerte. Se describe su cuerpo muerto, se narra el otoño de su vida y desde él se evoca a ráfagas el tiempo de la conquista y la plenitud de su poder. Quien describe, quienes narran son voces anónimas, como un coro inmenso, toda la patria que hace de eco, de comparsa, de testigo del héroe.

Pero es un testimonio fantástico ya que quienes lo dan sólo han visto signos de su existencia y signos contradictorios: "No nos parecía insólito, por supuesto, que esto ocurriera en nuestros años, si aun en los suyos de mayor gloria había motivos para dudar de su existencia, y si sus propios sicarios carecían de una noción exacta de su edad, pues hubo épocas de confusión en que parecía tener ochenta años en las tómbolas de beneficencia, sesenta en las audiencias civiles y hasta menos de cuarenta en las celebraciones de las fiestas públicas" (89).

El poder fantasmal del dictador vuelve fantasmales a los súbditos y el libro se

convierte en una engañosa ciudad de espejos y la escritura se desmiente. Todo está desdoblado: no son sólo las imágenes públicas del poder, también es la misma conciencia del dictador y aun la realidad —Patricio Aragonés, el doble del dictador— y la conciencia de los súbditos y los testimonios de los narradores. Y aun las repeticiones de la novela: las tantas veces que el dictador apaga una a una las luces y cuenta a los centinelas y ve el mar por las veintitrés ventanas y es visto por la luz del faro y su imagen sin rostro aparece en los catorce espejos, cierra la puerta, pasa los tres pestillos, los tres cerrojos, las tres alabas y se echa de bruce sobre el suelo para dormir vestido, tal como lo encontramos muerto siempre de nuevo al comenzar cada capítulo.

EL JUEGO DE LOS ESPEJOS

En estas condiciones da lo mismo hablar de autoridad, de impotencia o de inercia, las tres versiones son igualmente reales para referirse a las relaciones entre el dictador y la nación. Decir "apenas le quedaba un último soplo para vivir, pero era el soplo de una autoridad inapelable y devastadora que a él mismo le costaba trabajo mantener a raya" (196) es la otra cara de esta confesión del dictador: "ya ve lo que le digo, licenciado, lo que tiene jodido a este país es que nadie me ha hecho caso nunca, decía, y lo decía con una claridad de juicio que no parecía posible a su edad" (257); lo que equivale a su vez a esta otra versión "los asuntos del gobierno cotidiano seguían andando solos y sólo por la inercia de su poder inmenso de tantos años" (130), una inercia que se compone paradójicamente de la suma de improbables instantes: "duerma tranquila, madre, en este país no hay presidente que dure, le dije; ya verá cómo me tumban antes de quince días, le dije, y no sólo lo creyó entonces sino que lo siguió creyendo en cada instante de todas las horas de su larguísima vida de déspota sedentario" (256).

LA HISTORIA DE UNA ILUSION

La inercia de la vida y la vida de instantes impares, la voluntad de poder y la impotencia todo es válido para describir el tiempo del general, este tiempo latinoamericano en que las naciones como boas extraviadas atravesaban la quietud exterior del tiempo lento y laborioso de la digestión de las guerras sociales. Apparentemente es la misma época de la oligarquía "aquella especie de crepúsculo eterno" (173). Sin embargo si se está en la misma fase de la vuelta de la historia no se está en el mismo punto ya que el contenido sería diverso, no sería la vuelta de la rueda del tiempo sino la vuelta de la espiral que se desenrolla dolorosamente pero tiende al

infinito.

Antes eran "aquellos tiempos de godos en que Dios mandaba más que el gobierno, los malos tiempos de la patria" (172). Al caer ese orden social no entra directo el pueblo sino la figura ambigua del general, el caudillo, el padre de la patria de extracción popular que simbólicamente lo representa pero que históricamente lo suplanta. El es el que viene diciendo "que se aparten cabrones que aquí viene el que manda", "que se tiren bocabajo en el suelo que aquí llegó el que todo lo puede" (117) y sus enemigos se apartan y el pueblo dice: "que viva el macho, carajo, que viva el general" (101 cf. 105, 141, 240, 265). Entraba "gobernando de viva voz y de cuerpo presente" (54). "Ordenaba a los ingenieros que me quiten esas casas de aquí y me las pongan allá donde no estorben, las quitaban" (109). "Un hombre cuyo poder había sido tan grande que alguna vez preguntó qué hora son y le habían contestado las que usted ordene mi general, y era cierto" (92). "Ese era su modo de ser natural cuando el poder no era todavía el légamo sin orillas de la plenitud del otoño sino un torrente de fiebre que veíamos brotar ante nuestros ojos de sus manantiales primarios" (93).

Pero aquellos tiempos mesiánicos en que "creía de buen corazón que era posible repartir la felicidad y sobornar a la muerte con artimañas de soldado" (92) fueron igualmente tiempos ilusorios ya que, como dice Unamuno del Quijote, los entuertos que enderezó torcidos quedan. En realidad nada cambiaba, era el mismo país de siempre, "su paraíso de mercado dominical" (115). Esa era la única verdad ya que si daba sus órdenes de monarca absoluto "para que nadie olvide quien es el que manda por los siglos de los siglos" (140) también a él le fue dicho al comienzo de su mandato por el comandante de la escuadra imperial ante el cadáver de su antecesor: "ya lo ves, general, así es como terminan los que levantan la mano contra su padre" (254). Así que "embullado con la ventolera federal" (139) o ejerciendo de buena fe el incierto mandato supremo o a la defensiva frente a sus adversarios había por fin comprendido la inutilidad de la acción, "había vuelto de aquel viaje exaltado por la revelación de que no hay nada igual a este viento de guayabas podridas y este fragor de mercado y este hondo sentimiento de pesadumbre al atardecer de esta patria de miseria" (106). Y por eso a un joven idealista que le propone una cruzada para liberar a toda América porque afirmaba que "no hay gloria más alta que morir por la patria", "él le replicó sonriendo de lástima que no seas pendejo, muchacho, la patria es estar vivo" (107). Por eso su vida acaba por reducirse a una sucesión de maniobras "para

saciar más allá de todo límite su pasión irreprimible de perdurar" (248).

EL TIEMPO DEL GENERAL

Pero esta voluntad de perdurar, a costa de lo que sea, tiene por ámbito a la nación, por eso esta trayectoria de su vida llega a ser la de sus súbditos. De ahí que su muerte sea de algún modo una muerte de la patria: "nos habíamos extinguido hasta el último soplo en la espera sin esperanza de que algún día fuera verdad el rumor reiterado y siempre desmentido de que había por fin sucumbido a cualquiera de sus muchas enfermedades de rey, y sin embargo no lo creíamos ahora que era cierto y no porque en realidad no lo creyéramos sino porque ya no queríamos que fuera cierto, habíamos terminado por no entender cómo seríamos sin él, qué sería de nuestras vidas después de él" (221). Es que "no había otra patria que la hecha por él a su imagen y semejanza con el espacio cambiado y el tiempo corregido por los designios de su voluntad absoluta, reconstituída por él desde los orígenes más inciertos de su memoria" (171).

Es cierto que el general perdura a costa de la nación, que perdura en la vida a costa de la muerte general. Pero esta relación histórica ha sorteado tantas dificultades que se diría que ha devenido un estado natural, como si se hubiese operado una mutación en la especie. Y así como las vacas del general llegaron a nacer con su hierro marcado ya por la naturaleza así nacerían los hombres de su nación, proyectado el general, imprescindible. Sería el tiempo del general, como antes eran los tiempos de los godos.

Pero los godos eran una clase social mientras que él, salido del pueblo, era único. De ahí su soledad: "más solo que la mano izquierda en esta patria que no escogí por mi voluntad sino que me la dieron hecha como usted la ha visto que es como ha sido desde siempre con este sentimiento de irrealidad, con este olor a mierda, con esta gente sin historia que no cree en nada más que en la vida, esta es la patria que me impulsieron sin preguntarme, padre, con cuarenta grados de calor y noventa y ocho de humedad" (159).

De este modo el general sería una especie de dios triste, solitario e ilusorio que recibiría de sus súbditos "una fidelidad sin ilusiones" (158), "una devoción terrestre" (158), que tampoco en realidad iría dirigida a su persona sino a la vida, esa realidad ilusoria y ambivalente a la que él de algún modo representaba. Por lo que en definitiva daba lo mismo decir "que esta pobre gente quiere a su excelencia como a su propia vida" (158) que suspirar, al sentirse en la vida de todos, la noche en que iba a morir: "nadie nos quiere" (268). Es que el pueblo no tenía historia, ni con-

ciencia de sí, ni libertad, de ahí que todas las palabras le vinieran anchas y ajenas. Y que si era cierto que el general "era el único de nosotros que conocía el tamaño real de nuestro destino" (106) también lo era decir que la última noche de su vida pasando sobre la ciudad para ir a su destino, "padeció para siempre como siempre la incertidumbre del océano vasto e inescrutable del pueblo" (267).

LA UNICA VERDAD

Sería en el fondo la ilusión del poder político como poder autónomo, como poder original. Una ilusión compartida por el general y el pueblo, el pueblo achacando las injusticias y desgracias a los subalternos—"si el general lo supiera" (184)—y el general bandeándose como náufrago entre intereses contrapuestos. Y la ilusión del general que piensa que "al fin y al cabo cuando yo me muera volverán los políticos a repartirse esta vaina como en los tiempos de los godos, ya lo verán, decía, se volverán a repartir todo entre los curas, los gringos y los ricos, y nada para los pobres, por supuesto, porque esos estarán siempre tan jodidos que el día en que la mierda tenga algún valor los pobres nacerán sin culo" (171). Esto creen el general y el pueblo cuando la realidad es que los gringos y los militares y hasta la Iglesia en algunas épocas ya se habían repartido todo y no quedaba nada por saquear y por eso es que no había ya ni sublevaciones y todo seguía marchando o no marchando en ese tiempo igual en el que al final la única verdad era la lenta fermentación del trópico.

LAS QUIMERAS

Por eso el otoño del patriarca se convierte en una obsesiva persecución de quimeras. Eso son las narraciones del libro. Este hombre impar es incapaz de relaciones horizontales. Ordinariamente manda. Pero como es un dios subordinado necesita también idolatrar a otros y así el mando supremo resulta siempre esclavo de una ilusión, la necesita, porque como es un dios de mentiras no puede quedarse con la verdad a cuestas. Y en este tiempo del general las quimeras del poder, que son en el fondo sus impotencias, son también la ilusoria sustancia de la vida nacional, lo que se dice en corrillos y se desmiente solemnemente, lo que se intercambia y se persigue, al margen de esa otra vida sin nombre de la sórdida explotación de cada día.

La primera quimera se llama Manuela Sánchez, la reina de los pobres del barrio de los perros, que se mete por su sueño y se apodera de su vida sin que él la hubiera llamado y sin que ella lo quisiera. El general sólo tiene palabras de mando así que

aquí se queda mudo, es un asedio amoroso que trastorna todo el país y que deja también a Manuela Sánchez sola de todo. Pero el amor desamparado y devastador del general es en el fondo estéril y no logra suscitar amor. Sólo el temor más fuerte al cometa logra por un momento atraerla a sí, pero sólo por un momento, y ante el siguiente terror cósmico prefiere la huida y se escapa por la puerta negra de un eclipse de sol, más allá de su poder.

Sólo con su madre tiene el general silencios expresivos y algunas desarmadas palabras. Durante su enfermedad mortal "el corazón se le paraba de lástima" (137) "y se encerró a ocuparse de su madre con una abnegación de madre" (134-5) y al final de sus días la figura de su madre sería el único recuerdo indestructible. Sin embargo en el intermedio se transforma en quimera: son los tiempos en que se empeña en que sea canonizada. Nuevamente el país hierve en una fermentación de jugos extraviados. Pero así como en la quimera de Manuela Sánchez acaba burlado, en esta acaba confrontado realmente con la verdad. El abogado del diablo, "un abisinio cetrino que amaba la vida por encima de todas las cosas" (147), "no encontró el menor rastro de ese otro dios difícil, uno y trino, que lo había mandado desde las ardientes llanuras de Abisinia a buscar la verdad donde no había estado nunca" (150-1). Una verdad "tan ineludible y brutal que sólo un hombre inmune a los hechizos de la gloria y ajeno a los intereses de su poder se atrevió a exponerla en carne viva" (155). Por este hombre conoce el general a su país, conoce quienes son realmente sus amigos y sus enemigos, conoce su genealogía y se conoce a sí mismo. Pero esta verdad—el pequeño logos de Freud—no da consuelo, no da vida, y el general despechado acaba declarando la guerra a la Santa Sede, expulsando del país a todos los eclesiásticos y proclamando por decreto "la santidad civil" (160) de su madre Bendición Alvarado: "la nombró patrona de la nación, curadora de los enfermos y maestra de los pájaros" (160).

Y aquí viene la tercera quimera, Leticia Nazareno, una de las novicias expulsas "que al pasar frente a él sin mirarlo dejó un rastro oscuro de animal de monte que se llevó mi aire de vivir" (162). Nuevamente el asedio, la terca paciencia de anciano. Pero esta vez no se topa con el rechazo pasivo de Manuela Sánchez sino con un cuerpo magmático que fermenta, devora y consume pero que hace vivir, con una voluntad sin fractura que instaura un orden pueril en la vida del general y con una apetencia insaciable que arrasa la patria. Y el general se abstrae en un tiempo de hijo-amante y de escolar aplicado mientras la novicia saquea como un ciclón el país. Hasta que el país revienta en el a-

tentado y el despedazamiento de la mujer y su retoño. Destrozada la quimera, el general "se sintió solo e indefenso" (197). El dolor de la realidad lo lleva a la venganza y el desquite comienza a tomar las proporciones de la quimera.

José Ignacio Sáenz de la Barra es el "hombre providencial que él había imaginado en los desvaríos del rencor" (208), la cuarta quimera. Y toma la forma de una relación masoquista: "El general se reprochaba a sí mismo la sumisión al único mortal que se atrevió a tratarlo como a un vasallo" (213). El general quedó aislado, más solo que nunca, mientras Sáenz de la Barra, el aristócrata sádico, solitario e imperturbable, imponía el reinado del terror bajo el rótulo de "progreso dentro del orden" (234). Hasta que el país se satura, se abre una brecha en el orden y se rompe el maleficio de la relación que esclaviza al general que asume el mando de la sublevación general.

Ya no hay fuerzas en el general ni recursos en el país para más quimeras. Hasta el mar se han llevado los gringos: "El quedó viviendo solo en la casa desierta de su poder absoluto" (170). Ya no es siquiera "un tigre acostumbrado a la soledad" (187) sino un anciano inverosímil "a merced de sus sueños de ahogado solitario" (253)

LA VERDAD Y LA MUERTE

Al comienzo fue un poder febril luego la fiebre de las quimeras, ahora el tiempo detenido en el general y en el país. Antes era posible, aunque fuera fugazmente, asir la realidad y habitar un recuerdo. En algunos momentos de su primer activismo el general "se dió de bruces contra la realidad" (109); después se le vio a veces "deprimido por la revelación instantánea" (101) de su falta de ubicación o "exaltado por la revelación" (106) de que, estando fuera de la historia, le quedaba como verdad la geografía, el país, la vida. Incluso es capaz de verse "exaltado por la revelación de la belleza escrita" (195) y sentirse "disminuído y solo" ante Rubén Darío y dedicarle ese elogio: "Carajo; cómo es posible que este indio pueda escribir una cosa tan bella con la misma mano con que se limpia el culo" (195).

Sin embargo en un tiempo ilusorio la verdad es inaguantable, comprender es separarse de la vida. Por eso el general "comprendió en un destello de lucidez mortal" (105) su falta de valor para asomarse al abismo de las muchedumbres, y en otro momento lo vemos "evocando con la lucidez del duermevela de la siesta" (106) el día en que confesó a un joven iluso los límites exigüos de su ambición. Esa única ambición que es el estar vivo es la que acaba por descartar por igual quimeras y lucidez. Es un desgaste demasiado grande pa-



ra los escasos recursos de los últimos tiempos. Por eso "se despojó de los asuntos del gobierno y se quedó nadando en el estado de inocencia del limbo del poder" (132).

Claro está que en este limbo no sólo no caben pretensiones de futuro ni compren-

siones del presente sino ni siquiera el consuelo de la memoria. Ya no podía como en otras épocas ni "revivir por un instante fugaz la tarde inmemorial" (163) del nacimiento de una quimera. Y entonces se la pasaba "clamando a solas que no valía la pena haber vivido tantos fastos de gloria si no podía evocarlos para solazarse con ellos y alimentarse de ellos y seguir sobreviviendo por ellos en los pantanos de la vejez" (262).

Y el último refugio de la experiencia de la vida es la experiencia del sexo y también falla. Como había fallado siempre, porque "lo que entonces le faltaba y le había faltado siempre en la cama no era honor sino amor" (265). "Un examen a fondo había revelado que tenía... el corazón agrietado por falta de amor" (259). Pero es en la hora de morir "cuando al cabo de tantos y tantos años de ilusiones estériles" se descifra la vida: "había conocido su incapacidad de amor... y había tratado de compensar aquel destino infame con el culto abrasador del vicio solitario del poder" (269).

QUEDA COMO VERDAD LA OBSESION DE LAS FICCIONES

Creemos que la novela más que una narración ha sido una alegoría del poder supremo, del poder absoluto que se confunde con la absoluta soledad, con la irrealidad absoluta.

Creemos que la novela no vale ni como indagación de un tiempo histórico ni como imagen de un universo cultural. Tampoco nos parece relevante su capacidad dramática ni su creación de lenguaje.

La novela nos parece que vale como juego de espejos, ya que la alegoría del poder absoluto es a su vez una alegoría del hombre que apuesta contra el tiempo. Por más enmarañado que el libro resulte, el libro es sin embargo el desenrollar un solo hilo, o un hilo solitario, sin mundo en torno, mundo él mismo, camaleónico pero unidimensional.

Es que lo real maravilloso va dando paso a lo irreal artificioso. Entonces la novela se convierte en el mundo del rey Midas, un mundo reluciente, de bruñidas superficies, un mundo donde impera el número, sobre todo los números primos, inverosímiles, pero un mundo devaluado. Un mundo que tiene el peligro de ser arbitrario, vacío, de no esconder ningún sentido ni sintentido. Los sucesos pasan como figuras de caleidoscopio, todo pasa igual de vertiginoso sin dejar ningún rastro pues no hay ningún espacio vacío sino que en cuanto pasa una maravilla se pone la nueva de recambio, que en el fondo es igual. Es como si García Márquez desconfiara de su consistencia y necesitara el aturdimiento de la fugacidad de los cohetes de fantasía.

Sería una novela inteligente que se presta a todo género de análisis. Pero eso es la mercancía preparada por el turco increíble que es su autor. Sin embargo la verdad de la novela es, como la otra y la primera, la soledad, la incapacidad de amar, de aceptar el tiempo mortal como algo que se apuesta. Parece como si el proceso de escribir la obra fuera el mismo que fustiga del general: la misma timidez, las argucias infantiles, el intento de detener el tiempo. Y quién es ahora García Márquez. Y quién no lo halaga. Parece que estuviera pidiendo que lo trataran como a un hijo. No hay en sus novelas relaciones horizontales. En esta desolación estaría tal vez la verdad de su autor y en esto sobre todo es símbolo de nuestra América. Lo otro, lo de los infinitos cachivaches, lo de tantos trucos, las maravillas que no cambian nada, y también lo del sexo y la vida natural es también muy verdadero y un verdadero símbolo, pero no como realidad sino como deseo y nostalgia.

Entonces lo más cercano sería Borges: así como Borges iguala todos los materiales librescos para hacer literatura —nada vale de suyo sino como materia para transformar en lenguaje, en mundo inventado—, así García Márquez utiliza todos los cachivaches de esta chivera increíble que es el mundo inverosímil del Caribe como meras piedras numeradas para hacer la casa ilusoria e inverosímil del libro, un mundo de fantasía para distraer el dolor y la soledad de vivir, las mismas de Borges, una cárcel de papel de espejos.